

## SUMARIO

Psicología de las colectividades, por don CARLOS BANÚS Y COMAS; coronel, teniente coronel de Ingenieros; pág. 161. — Condiciones que debe llenar el material de Artillería de campaña y tendencias que se observan en las distintas naciones para cambiar el actual (*conclusión*), por don JOSÉ DE LOSSADA Y CANTERAC; pág. 166. — Ojeada sobre los sucesos de la guerra tesaliana (*continuación*), por C. BARÓN DE GOLTZ, traducción del MARQUÉS DE ZAYAS, comandante de Estado Mayor, pág. 170. — Marcha experimental para el ensayo del material de montaña de 7'5 de tiro rápido (*continuación*), por don EDUARDO DE OLIVER-COPONS, comandante de Artillería; pág. 173.

Pliegos 24 y 25 de *Telegrafía Militar*, por D. CARLOS BANÚS Y COMAS, coronel, teniente coronel de Ingenieros.

---

### PSICOLOGIA DE LAS COLECTIVIDADES

#### III

La inteligencia de las colectividades es siempre muy inferior á la de los individuos más capaces que comprenden. Ni en psicología, ni en aritmética es posible sumar cantidades heterogéneas. Es un error suponer que la reunión de varios hombres inteligentes ha de producir resultados superiores á los que podría obtener cada uno de ellos aisladamente. Por lo común las juntas y las comisiones formadas por personas reconocidamente inteligentes é ilustradas, producen medianos resultados, y gracias á que, al fin y al cabo, el asunto se encomienda á un ponente que informa, de donde se deduce que hubiera sido preferible comenzar por el nombramiento de éste. Si el informe del ponente se discute suele empeorar, porque las inteligencias, en vez de sumarse, parece que se contrarían, y, en realidad, así sucede. En España somos muy aficionados á las juntas y comisiones, sistema muy socorrido para resolver tarde ó nunca y con frecuencia mal. Si esto sucede cuando se trata de un número escaso de personas escogidas, calcúlese lo que sucederá si se reúne gran cantidad de personas pertenecientes á distintas esferas sociales, predominando las inferiores. Esta inferioridad intelectual de las colectividades las aproxima mucho á los seres primitivos, y por esto fácilmente se despiertan en las masas los apetitos más brutales. El que se dirige á una colectividad raras veces logrará convencerla interesando las más elevadas facultades de la inteligencia, el convencimiento lo obtendrá principalmente dirigiéndose á la imaginación. Los predicadores, los oradores populares y los políticos saben perfectamente esto y muchos discursos que convencen, porque fascinan, leídos, no producen el menor efecto. A la dificultad de raciocinar de las colectividades se debe que sus actos sean inconscientes y obedezcan a la voluntad del que sabe dirigir las.

Todo el que quiera dominar ó dirigir una colectividad, debe tener muy en cuenta que para ello es preciso que se apodere de su imaginación. Las multitudes sienten atracción inconsciente hacia todo lo maravilloso; hacia todo lo que difiere de lo vulgar; por esto la indumentaria es uno de los medios más común-

mente empleados para llamar la atención del pueblo. Suprímase en el ejército el uniforme y el paso de fuerza armada por las calles no llamará ya la atención. En muchas poblaciones la primera vez que han sido visitadas por un soberano, la masa general, el pueblo, ha sufrido gran desilusión al verlo vestido, poco más ó menos, como el resto de los mortales y sin llevar el cetro, manto y corona que en la imaginación de gentes rudas han de ser inseparables de las personas reales.

Los hechos están siempre más al alcance de las multitudes que los razonamientos, porque exaltan más fácilmente su imaginación. Entre gente casi ruda la lectura del drama Carlos II *el hechizado*, apenas causará efecto, en cambio su representación, cuando la enemiga contra los frailes estuvo en auge, puso algunas veces en grave apuro al encargado de desempeñar este papel; algunos espectadores llegaban á convencerse de que todo lo que en el drama sucedía eran hechos reales y verdaderos y se trasladaban al tiempo del último monarca de la casa de Austria.

Para impresionar la imaginación de las muchedumbres es necesario casi siempre exagerar los hechos, y presentarlos sin comentarios que los oscurezcan. Hoy la prensa periódica es para ello una poderosa palanca por la forma en que da las noticias. El telégrafo con su lenguaje laconico y escueto, sin comentario alguno, da á los hechos mayor relieve. Si la multitud de noticias que publica la prensa en telegramas precedidos de títulos ampulosos, se desarrollarán en artículos de fondo, apenas causarían sensación. Los periódicos, y especialmente los llamados de gran circulación, son principalmente noticieros y en esto estriba su éxito. La nerviosidad de las actuales generaciones está refida con artículos extensos que no leerían seguramente los aficionados á la lectura de telegramas.

«No son los hechos por sí mismos, dice Le Bon, los que impresionan la imaginación popular sino la forma en que se presentan. Es necesario que por su condensación, si así puedo expresarme, produzcan una imagen que se apodere del espíritu y le obsesione. Quien conozca el arte de impresionar las multitudes, conoce también el arte de gobernar.»

El telégrafo, ya lo hemos dicho, condensa los hechos y es procedimiento muy propio para tener de continuo exaltadas las imaginaciones, sobre todo en los pueblos de raza latina, cuyo sistema nervioso se pone fácilmente en tensión.

#### IV

Habiéndonos ocupado ya en los sentimientos é ideas de las multitudes, fáltanos decir algo de lo que se refiere á la voluntad. A primera vista parece que el vigor de ésta es una de las características de toda alma colectiva, pues las multitudes han realizado á veces actos increíbles de ferocidad ó de heroísmo, sin que nada haya bastado á impedirlos. Los anales de las guerras presentan multitud de actos temerarios que con seguridad no hubieran pensado en realizar ninguno de los individuos que constituan las fuerzas que los llevaron á cabo. Por otra parte la fuerza del número parece que debiera dar osadía á las muchedumbres y, por consiguiente, comunicarles energía indestructible para realizar los actos que se proponen.

Sin embargo, examinando el asunto con mayor detenimiento, resulta una consecuencia contraria á la anterior, y esta consecuencia se deduce, sin dificultad, de lo expuesto. Uno de los caracteres de las colectividades es la inconscien-

cia, en virtud de ella las muchedumbres ignoran realmente la transcendencia y valor de los actos que ejecutan; una colectividad nada hace sin encontrar quien la guíe, y en rigor, lo que aquella ejecuta, no es la voluntad del alma colectiva, sino la del alma individual que la domina. Una colectividad, en el mero hecho de serlo, es inepta para realizar fin alguno consciente; por esto, en toda empresa en la cual han de intervenir multitud de individuos, es preciso establecer una jerarquía; sin ella, la empresa no es posible. Una colectividad religiosa, política, industrial y hasta recreativa necesita un jefe superior y jefes subalternos, y ni siquiera sería posible la existencia de una campaña de teatro sin un actor que la dirigiera. Una vez formadas las colectividades, ya sea temporal, ya permanentemente, no tienen más voluntad que la de los individuos que las manejan ó conducen, si éstos reúnen para ello condiciones. Algunos hechos parecen desmentir estos extremos y, entre ellos, los actos de ferocidad cometidos por turbas exaltadas, y que los mismos que las exaltaron no pudieron contener; los de indisciplina en que las tropas han desobedecido, insultado y aun dado muerte á sus jefes; pero estos actos, examinados detenidamente, no prueban nada en contra de lo dicho. Que un jinete sea derribado por su caballo, ó no pueda contenerle, en desenfadada carrera, no quiere decir que en general el caballo pueda más que el jinete; probará sí, que el jinete derribado ó arrastrado no fué suficiente hábil para contenerle; no midió sus fuerzas antes de montar, ó bien por un accidente fortuito, y completamente imprevisto, el hombre no pudo dominar al bruto. Son ciertamente muchos los casos en que tropas indisciplinadas han desobedecido á sus caudillos; pero en otros, no menos numerosos, la presencia de aquellos ha bastado para reducirlos á la obediencia. Si con frecuencia las turbas empujadas por ambiciosos han ido más allá de lo que estos deseaban, se ha debido, no á la consciencia de aquellas, y sí al desconocimiento de la colectividad por parte de quien la impulsaba. Si una bala mal disparada va más allá del blanco, no es porque la voluntad de la bala sea superior á la del tirador, sino porque éste no ha sabido apreciar la distancia, ó no conocía el arma que manejaba.

Le Bon, dice, acerca de los impulsos que mueven las multitudes, lo siguiente: «Nada de cuanto ejecutan las muchedumbres es premeditado. Pueden recorrer la escala de los más opuestos sentimientos, pero siempre se hallan bajo la influencia de las excitaciones del momento. Aseméjense á las hojas que el huracán levanta y arremolina en todos sentidos para dejarlas luego caer. Estudiando ciertas muchedumbres revolucionarias, daremos á conocer algunos ejemplos de la variabilidad de sus sentimientos.

»Esta movilidad de las multitudes dificulta su gobierno, sobre todo si parte de los poderes públicos ha caído en sus manos. Si las necesidades de la vida cotidiana no constituyeran un regulador invisible, las democracias no podrían durar. Si las muchedumbres quieren las cosas con frenesí, no suelen quererlas por mucho tiempo. Son tan incapaces de voluntad duradera como de pensamientos.»

De todo cuanto acabamos de exponer acerca de la psicología de las colectividades accidentales y permanentes, podemos deducir que el alma de ellas tiene gran semejanza con la de los seres primitivos, ó incompletamente desarrollados. Las muchedumbres son siempre menores de edad, lo mismo en los

tiempos actuales que en los más remotos que recuerda la historia. Como todo ser cuya razón es débil, ó expuesta á extravío, la colectividad necesita un tutor que la guíe y dirija, bien ó mal, y la historia demuestra con mil y mil ejemplos la facilidad con que los pueblos, sobre todo los latinos, se han dejado arrastrar por el prestigio de hombres superiores; de modo que, en realidad, la historia podría reducirse á la biografía de los grandes hombres que han sabido arrastrar tras de sí pueblos y razas.

## V

Aparte de los caracteres permanentes y característicos de las muchedumbres, hay otros variables, tales son los que imprime la raza, las ideas dominantes en la época y la educación de los individuos que las forman. Los caracteres debidos á la diferencia de raza, son casi permanentes, ó, por lo menos, varían muy de tarde en tarde; los otros lo hacen ya con más frecuencia. Leyendo las obras de los romanos en que se describen los caracteres del galo, del español, del germano y, en general, de todos los pueblos que ellos llamaron bárbaros, es fácil convencerse de que hoy se conservan, poco más ó menos, lo mismo. Los griegos, á pesar de la mezcla de razas de la Grecia moderna, han demostrado en estos tiempos la misma volubilidad y ligereza que en los antiguos.

La raza obra sobre el alma de las colectividades como estimulante ó como calmante; desempeña el primer papel en los pueblos latinos, el segundo en los anglo-sajones y germanos. Para convencerse de ello basta comparar los diferentes efectos que la declaración de guerra produjo en 1870 en París y en Berlín. El valor innegable de que han dado prueba en muchos casos los ejércitos ingleses, difiere mucho del que han manifestado los franceses; esto se vió palpablemente en España durante la guerra de la Independencia. Los políticos, los militares todos aquellos que han de dirigir las multitudes, deben conocer perfectamente los caracteres de la raza á que pertenecen.

Veamos lo que dice Le Bon, acerca de los caracteres de las razas en su libro titulado: *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*, y, aunque se refiere principalmente á Francia, mucho de lo que expone es aplicable á nuestro país, ya que tan latinos somos como los franceses.

« Si nuestra nervosidad excesiva halla gran facilidad para tenernos descontentos de cuanto nos rodea, la idea de que un nuevo gobierno nos hará felices, nos conduce sin cesar al cambio de instituciones, la voz de los muertos que nos guía, nos impele á no cambiar más que de palabras y de apariencias. La inconsciencia del alma de nuestra raza es tal que ni siquiera nos percatamos de las ilusiones de que somos víctimas.

» No hay ni revoluciones, ni constituciones, ni déspotas que puedan dar á un pueblo que no las posea ó quitar al que no las tiene las cualidades del carácter del cual derivan sus instituciones. Se ha repetido muchas veces que los pueblos tienen el gobierno que merecen. ¿Puede concebirse que no sea así? »

En nuestro país la imprevisión ha sido siempre lo característico; es inútil que cada siglo recibamos una ó más duras lecciones, la enmienda no aparece. España está destinada siempre á que los sucesos más previstos la cojan desprevenida. Afortunadamente este mismo exceso de imprevisión es el remedio de nuestros males; cuando atravesamos períodos de tranquilidad no pensamos en

los tiempos desgraciados; pero si éstos llegan tampoco nos preocupa lo que podrá suceder; con buena ó mala fortuna vivimos al día. Dificilmente habrá otro pueblo en donde la imaginación tenga tanta influencia sobre las multitudes, ignorantes ó ilustradas. Un buen orador es con frecuencia, por lo menos momentáneamente, un alivio á nuestros males. Nuestro pueblo, mucho más sencillo que el resto de los pueblos europeos, conserva aún muchas cualidades de las razas primitivas; alucinarlo no es difícil, y por esto un hombre de prestigio y de acción fácilmente le atrae. Los entusiasmos que hasta hace poco han despertado en España algunos hombres políticos prueban este aserto, y ha sido necesaria una larga serie de desengaños y la invasión de las ideas socialistas para que tales entusiasmos desaparecieran. Por lo demás, es evidente que en estos entusiasmos inflúa principalmente el carácter de raza, no las ideas que los hombres políticos representaban. Las muchedumbres que victoreaban á Fernando VII y las que le denigraban y aclamaban á Riego, eran poco más ó menos las mismas. Los ciudadanos que no ha muchos años se hicieron milicianos, dos siglos antes hubieran ingresado en una comunidad religiosa.

Varían también, aunque accidentalmente, los caracteres de raza con los tiempos. Hoy día predomina, sobre todo en los pueblos latinos, la idea de democracia niveladora, pero por descenso, de aquí viene fácilmente la absoluta igualdad que conduce al socialismo. Antes, las ideas políticas entusiasmaban las multitudes; hoy, éstas sólo se dejarían arrastrar por los socialistas; pero los oradores socialistas, lo mismo que los políticos, solo pueden apoderarse del alma de las multitudes por medio de imágenes deslumbradoras y falsas que les pinten un estado de felicidad que por ningún sistema es posible alcanzar. De todos modos las masas, á medida que pierden la fe en las creencias religiosas y en los ideales, han de buscar compensación en un bienestar material que con el tiempo será quizá el único móvil de las muchedumbres y que producirá el derrumbamiento de las sociedades actuales.

En cuanto al factor educación es preciso confesar que tiene sobre las colectividades menor importancia de la que pudiera creerse; basta para convencerse de ello recordar los escándalos parlamentarios ocurridos en distintos países y la facilidad con que los Congresos toman resoluciones de cierta gravedad arrastrados por la elocuencia de un orador. Para que realmente le educación ejerza influencia en las colectividades, es preciso que éstas se compongan de un corto número de individuos. Un jurado, por ejemplo, fallará con mayor ó menor conocimiento de causa, según el grado de ilustración de sus miembros, y por esto los abogados defensores de malas causas ponen especial cuidado en las recusaciones, procurando que resulte un tribunal cuyos individuos sean fáciles de conmover ó mejor de impresionar. Pero si el jurado se compusiera de centenares de individuos, no cabe duda de que resultaría más manejable.

No es, pues, fácil en suma modificar la esencia del alma colectiva; lo único que la raza, la educación y las circunstancias pueden lograr es atenuar ó exaltar sus defectos.

CARLOS BANÚS

Coronel Teniente Coronel de Ingenieros.

(Continuará).

## CONDICIONES QUE DEBE LLENAR

## EL MATERIAL DE ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

Y TENDENCIAS QUE SE OBSERVAN EN LAS DISTINTAS NACIONES PARA CAMBIAR  
EL ACTUAL

*Conferencia pronunciada por el Comandante de la Escuela Central de Tiro (sección de Madrid) D. JOSÉ DE LOSSADA Y CANTERAC, conde de casa-Canterac en el último curso de Instrucción de dicha Sección.*

(Conclusión.)

En la actualidad se da importancia grande al servicio de observación; en casi todas las artillerías existen tres clases de observadores, unos; llamados de objetivos, que son los que reconocen los emplazamientos enemigos y observan las evoluciones que en ellos operan las fuerzas contrarias, otros, llamados exploradores, dedicados á indicar los caminos por los que han de marchar las baterías, y, por último, los observadores del fuego, que permanecen en la batería á la vista del capitán para auxiliarle en sus observaciones cuando sean dudosas. Los sirvientes montados pueden desempeñar los dos primeros servicios, y el de las piezas lo podría ser por los tres que van sentados en el armón de la pieza y los que sean conducidos en los carros de municiones, que en la actual artillería de fuego rápido deberán ser en mayor número que en la antigua. Será necesario un carro por cada dos piezas, lo que permitirá disponer de seis sirvientes por cada una de éstas, y si esto no bastase podrán utilizarse como sirvientes los conductores de cuartas; esta necesidad de mayor número de sirvientes en las piezas de fuego rápido, es motivada por el cansancio de los proveedores, que deben ser cuatro, por lo menos, si el fuego ha de ser rapidísimo. Los sirvientes montados pueden llevar sobre sus caballos parte de los respetos que hoy van en las cajas de peso de los armones, y debe suprimirse, ó al menos quitarse de la pieza, todo lo que no sea de indispensable necesidad.

Otro de los asuntos relacionados con la pieza de campaña es su dotación de proyectiles, ó, por mejor decir, la proporción que debe existir entre las distintas clases de aquéllos. El mejoramiento de las espoletas de tiempo y los adelantos realizados en la fabricación de los shrapnels, han hecho de este proyectil el más eficaz de la artillería de campaña; su efecto sobre el personal es extraordinario, y si bien su tiro presenta mayores dificultades que el de la granada ordinaria, su efecto, aunque aquél no esté perfectamente corregido, siempre es grande. La infantería en guerrillas, con sus sostenes y reservas, no podrá resistir el efecto de un fuego de shrapnel escalonado y bien dirigido; la caballería también será más fácilmente hostilizada por las explosiones de los shrapnels que por las de las granadas ordinarias, y contra la artillería el efecto será de igual modo eficaz; para acallar una batería hay dos medios que seguir: inutilizar las piezas ó destruir su personal; lo primero es muy difícil, lo segundo es mucho más fácil; desmontar una pieza requiere un choque de una granada con un órgano importante de aquélla, mientras que un shrapnel que estalle 30 metros delante de una batería puede inutilizar diez ó más sirvientes, y en poco tiempo, con un fuego rápido y bien dirigido, es fácil destrozarse una batería.

El efecto de las actuales granadas ordinarias es escaso contra las obras de

tierra que pueden levantarse sobre el campo de batalla, y comparado con el shrapnel contra el personal, es también menor; podrá tener utilidad si están cargadas de un fuerte explosivo, contra obstáculos resistentes, pero su uso poco frecuente, el número asignado por pieza deberá ser escaso.

El otro proyectil de la artillería de campaña es el bote de metralla. ¿Puede substituirse por el shrapnel en cero? Hacemos esta pregunta porque hay quien opina de esta manera. El shrapnel, con la graduación en cero, no revienta en la boca de la pieza sino á 300 metros de ella próximamente; es necesario otro proyectil que extienda su eficacia desde la boca hacia el punto desde donde empieza la del shrapnel; este proyectil no puede ser otro que el bote de metralla. Y como su eficacia sólo se extiende en una zona de 300 metros á partir de la boca, únicamente su efecto será defensivo, y para que su empleo sea eficaz será necesario que esté colocado en cajas llevadas por la cureña; el boté será la última defensa de la batería; por esto debe estar lo más á mano posible, para que el personal agrupado alrededor de las piezas no tenga necesidad de buscarlo en los armeres, separándose de aquéllos en el crítico momento en que será preciso la lucha cuerpo á cuerpo para defender el honor de la batería, sintetizando en la conservación de los cañones hasta el último extremo.

Fáltanos tratar de la rapidez del fuego, último paso realizado en el progreso del material de artillería. Esta necesidad ha sido siempre sentida, pero la realización de un fuego rápido sólo se ha conseguido en la actualidad; hasta que punto debe considerarse como conveniente la celeridad del fuego es asunto sobre el que no hay absoluta conformidad. Krupp considera como suficiente velocidad de fuego aquella que permita la buena observación de los disparos y la graduación de las espoletas; nosotros creemos que la rapidez del fuego debe ser la mayor posible, siempre que para conseguirlo no haya que recurrir á medios que aparten de la práctica las piezas de esta clase. El período de la corrección del tiro no será mucho más corto en las piezas de fuego rápido que en las actuales, puesto que no se podrá prescindir de la observación de los disparos y de las variaciones de alza y de graduación. Rectificando el tiro se ejecutará el fuego á la voz del capitán, y cuando éste ordene fuego rápido, su efecto será tanto mayor cuanto mayor sea la velocidad, y como en estos casos la observación no será fácil, no hay que limitar la rapidez en los términos que propone Krupp.

Resumiendo lo que llevamos expuesto, diremos que la pieza práctica de campaña, según nuestra opinión, debe reunir las condiciones siguientes:

Calibre. . . . .	9 cm.
Peso del proyectil. . . . .	7 kg.
Velocidad inicial. . . . .	440 m. próximamente.
Velocidad del shrapnel á 4.800 m. . . . .	220 »
Peso de la pieza enganchada. . . . .	2.000 kg.
Peso de arrastre por caballo. . . . .	330 »
Proyectil único. . . . .	El shrapnel.
Granadas de ruptura en pequeño número.	
Botes de metralla para la defensa cercana.	
Supresión de los asientos de sobre-eje.	
Velocidad de fuego, la mayor posible.	

Esta es nuestra opinión; veamos si está de acuerdo con las tendencias que se dibujan en el horizonte del mundo militar.

Todas las naciones experimentan en la actualidad las piezas de fuego rápido; en secreto se experimentan multitud de modelos que obedecen á igual idea, la de la rapidez del fuego. Los actuales materiales necesitan un cambio radical; alguna nación como Austria los modifica, esperando en no lejano término adoptar uno definitivo, y aunque la cuestión no se considera como resuelta, se puede vislumbrar, a través de las sombras que lo envuelven, la factura del cañón del porvenir.

Schneider, Canet, las sociedades de Chatillon y Commentry, la de Cail, la de Saint-Chamond, los talleres de Elswick, las sociedades Maxim-Nordenfelt de Inglaterra, la de Nordenfelt de París, la casa Krupp y los inventores y constructores Hotchkiss, Boffors, Fispong, Dreygs, Bange y otros muchos, han construido piezas de fuego rápido en las que predomina el calibre de 75 milímetros, los pesos de los proyectiles oscilan entre 4'3 y 6'8 kilogramos y las velocidades iniciales entre 460 y 600 metros; los pesos de las piezas enganchadas varían de 1.190 kilogramos á 2.200; como vemos por los datos anteriores, mientras nuestras opiniones no están completamente de acuerdo con la tendencia hoy bosquejada. Tal vez nuestros juicios estén equivocados, y las condiciones fijadas para la pieza de campaña no sean del todo realizables, pero de no serlo creemos que no es el calibre ni el peso del proyectil lo que es preciso modificar; no debemos seguir en el cañón del porvenir la evolución seguida en el fusil moderno, que al llegar á calibres inferiores á 6 milímetros ha llegado á ser ineficaz. Es necesario aumentar por todos los medios posibles la eficacia del shrapnel, y esto no se realiza disminuyendo ni el peso ni su diámetro; el ideal, decía un escritor francés, sería llevar al campo de batalla una pieza de 40 centímetros que disparase un shrapnel de 350 kilos de peso y que al explotar pudiese dejar fuera de combate una división. Citamos este hecho para demostrar que no es unánime la opinión de reducir el calibre, á pesar de la tendencia observada en las casas constructoras. Tal vez dentro de algunos años se efectúe una reacción en contra de lo que en la actualidad parece la última palabra y volvamos á calibres iguales ó superiores á los hoy existentes. Estas reacciones son muy frecuentes en los asuntos militares, y lo que parecía haber desaparecido en las sombras del pasado, vuelve á hacer su aparición como cosa nueva, y aquella antigua división de la artillería en cañones y obuses, la vemos figurar de nuevo en las modernas artillerías. El fuego indirecto no es eficaz con los actuales cañones de campaña, ni lo será con los de fuego rápido. Las necesidades de la guerra hacen necesario las piezas de fuegos curvos y en muchas naciones se han agregado á los regimientos de campaña baterías de obuses y morteros. Por último, olvidadas las prevenções que contra las ametralladoras existían, modificadas y perfeccionadas las que tan malos resultados dieron en la campaña del 1870-71, vuelven á ensayarse, y no ha mucho han aparecido artículos en distintas publicaciones militares en los que se preconiza el empleo de estas armas como auxiliares y reforzadoras del fuego de la caballería.

Parece que en los últimos años del presente siglo se sienten con más intensidad que nunca las necesidades de todas las épocas anteriores, y se evidencian más y más los efectos que la artillería puede prestar. El auxilio á las otras armas



se busca aumentando los fuegos de la infantería y de la caballería, con baterías de ametralladoras, y aun éstas se consideran como auxiliares de las baterías á caballo. No se juzga suficiente el fuego rápido de las actuales baterías de campaña, y se busca una rapidez de 60 disparos por minuto en baterías de seis piezas. Es preciso batir las tropas ocultas detrás de parapetos, ó guarecidas en trincheras, y como la operación de destruirlas con las piezas de tiro directo es demasiado lenta, se busca en el mortero ó en el obús de campaña la trayectoria curva que desdeña los parapetos y las cubiertas de tierra, y no basta el tiro ordinario de estas piezas y se las dota de mecanismos de fuego rápido para aumentar la rapidez de sus efectos.

¿Es posible ante un cúmulo tal de distintas tendencias marcar la más saliente? La única verdaderamente saliente es la adopción de fuego rápido á todas las distintas manifestaciones de la artillería de campaña. De fuego rápido son las ametralladoras, de fuego rápido son las piezas de montaña y las de tiro directo de campaña, de fuego rápido son los obuses y morteros, y cuando poco á poco se vayan venciendo algunas dificultades todas existentes, el fuego rápido será aplicado á todas las clases de artillería, pero quitada esta marcadísima tendencia, todo lo demás que observamos en el mundo militar es reproducción afortunada de otras épocas lejanas; el calibre disminuye en las ametralladoras hasta tener el mismo que el del fusil moderno, el calibre disminuye en la pieza de campaña, pero al mismo tiempo hacen falta calibres mayores para obuses y morteros de campaña. Obsérvase las vertiginosas velocidades de los fusiles en las ametralladoras, y las reducidas de los morteros y obuses, y en proyectiles sobresale entre todos el shrapnel provisto de espoleta de doble efecto para hacer innecesaria la granada ordinaria actual, pero aparece la granada de ruptura que substituye á esta última cuando es necesario destruir objetos resistentes sobre el campo de batalla.

Estas son las tendencias que en la actualidad se observan en todas las naciones, pero ninguna de ellas tendrá segura aceptación hasta que sean experimentadas en una guerra entre dos poderosas naciones. Hasta ese día sólo se podrán aceptar como más ó menos conveniente; pero como en las experiencias de tiempo de paz no es posible hacer figurar multitud de circunstancias que intervienen en la guerra, aquéllas siempre serán deficientes, y mucho de lo que hoy creemos inmejorable será tal vez desacreditado como lo fueron en otras épocas inventos é innovaciones introducidas en los medios de guerra. Sin embargo, hay algunas cuestiones en las que no hay que temer se presenten inconvenientes en la práctica; una de ellas será el fuego rápido, cuya adopción ha de ser siempre beneficiosa, puesto que su empleo es independiente de las demás condiciones de la pieza.

Terminaremos esta conferencia repitiendo lo que ya hemos dicho anteriormente; en las cuestiones de armamento no debe pasarse nunca de lo que la práctica aconseja. No nos dejemos ilusionar ni por los largos alcances ni las altas velocidades iniciales de los modernos cañones; sus condiciones satisfacen, más que á una necesidad sentida, á corrientes y especulaciones fabriles, responden á la competencia establecida entre todos los constructores; pero recordemos que no ha mucho disminuía el calibre del fusil hasta 6 y 5 milímetros, y esta disminución, acogida con entusiasmo, ha dado lugar á los *fusiles que no matan* y de cu-

Yos pocos efectos se quejan continuamente las naciones; recordemos el entusiasmo despertado por los fusiles de repetición, y hoy nuestra infantería ha tenido que recurrir al tiro de salvas á la voz de los jefes para impedir un consumo inútil de municiones; recordemos el fracaso de las ametralladoras francesas del 70, y estos ejemplos prácticos nos harán desconfiar de los inventos que deslumbran á primera vista en los polígonos antes de ser experimentados en operaciones de guerra. El cañón podrá crecer en alcance, su radio de acción podrá extenderse en miles de metros, por la vista del apuntador que dirige la pieza y la del observador que observa el resultado del disparo estará confinada en los límites naturales, y pudiéndose efectuar estas operaciones con precisión el resultado del fuego será deficiente. No disminuyamos el calibre, y si posible fuera aumentémosle; no aumentemos la velocidad inicial, pues en la energía entran la velocidad y el peso del proyectil; la primera se pierde rápidamente y el segundo siempre queda; busquemos lo práctico, y puesto que la pieza de 9 centímetros actual reúne buenas condiciones balísticas y es susceptible de mejoras, apliquémosla un mecanismo de cierre que permita el fuego rápido, aligerémosla y aprovechemos el peso sobrante para dotar á su cureña de las disposiciones convenientes para el fuego rápido, y con estas pequeñas modificaciones tendremos una pieza práctica de campaña sin caer en las exageraciones de las modernas bocas de fuego.

## OJEADA SOBRE LOS SUCEOS DE LA GUERRA TESALIANA

POR C. BARÓN DE GOLTZ.

(Continuación.)

### I. — OPERACIONES EN LA FRONTERA.

Hasta el 5 de abril reinó tranquilidad completa en la frontera, y aun se establecieron relaciones amistosas entre las avanzadas de ambas partes. El cuartel general de la 1.<sup>a</sup> división marchó este día desde Domenik á Mologusta; se incorporaron al ejército algunos refuerzos y se aumentó algo la línea avanzada. Pero continuó la incertidumbre entre la guerra y la paz.

En la tarde del 8 de abril, por acuerdo de la liga patriótica, salió de Kalabaka un cuerpo de partidarios griegos, remontó el Salambria (antiguo Peneo) hasta su origen, cruzó la frontera el día 9 por la mañana junto al pueblo Baltinos, situado ya en territorio turco y en un profundo barranco al otro lado de la divisoria, desalojó de allá una avanzada perteneciente al 5.<sup>o</sup> batallón de cazadores turcos é incendió dos blockhaus de la línea fronteriza. Al cabo de algún tiempo, sin embargo, le salieron al encuentro tres compañías del 6.<sup>o</sup> batallón de cazadores perteneciente á la 6.<sup>a</sup> división, mientras caían sobre sus flancos las guarniciones de los blockhaus no atacados. Después de un breve combate fué rechazada la partida griega, sin que en su persecución se atrevieran los turcos á pasar la frontera, cumpliendo así las órdenes terminantes del sultán. Los griegos tuvieron 50 ó 60 bajas.

Análogas violaciones se efectuaron el mismo día en Arta, extrema derecha de la línea turca, y en Lestokarya, extrema izquierda (1). Los griegos negaron

(1) También en Mezzovo fueron hostilizadas las avanzadas turcas.

que en tales actos tuvieran participación sus tropas regulares, según se había afirmado con insistencia (1). Estas tentativas terminaron en todas partes con la retirada de los invasores quienes sufrieron bajas más ó menos numerosas.

En la noche del 9 al 10 de abril recibió Edhem-Baja orden telegráfica del gobierno para que avanzara á Larissa, pero poco después Talaat-Baja, comisionado especial de palacio en el cuartel general le transmitió una contra orden telegráfica del sultán prescribiendo de nuevo la estricta defensiva. Se supuso en el cuartel general que habría habido una mala inteligencia de parte de los griegos, el 11 de abril se repitió el ataque de Baltinos hallando ya fuerzas turcas considerables, puesto que toda la brigada Islam-Baja, de la 5.<sup>a</sup> división, había entrado en la línea Grebena-Diskata y desde Mezzovo acudieron fracciones del cuerpo de Epiro. El 13 y 14 una compañía griega violó el territorio turco Djuma Monastir (2), y en la noche del 16 al 17 se verificó una invasión en grande escala.

Estuvo esta dirigida contra el ala derecha de la 6.<sup>a</sup> división Hamdy-Baja establecida en Karya (Koskioj). La energía del ataque reveló claramente que en él intervenían tropas regulares griegas. Las alturas de Puakia, Analipsis, Taburia y Godamán, por las cuales se extiende la línea fronteriza, fueron simultánea y vigorosamente atacadas, y tomadas por los griegos. Los puestos griegos se vieron precisados á replegarse al ancho y profundo valle que separa aquellas alturas de las laderas del Olimpo á cuyo pie está situado Koskioj, pueblo rodeado en aquella época por campamentos de tiendas.

Hamdy-Baja, que en el momento del ataque se encontraba en Lestokarya, marchó á Koskioj y se encargó de la dirección. Fué reuniendo sucesivamente 12 batallones y cuatro piezas, cuyas fuerzas sostuvieron al día siguiente un combate contra las partidas invasoras en las vertientes de los montes de la frontera. El resto de su artillería estaba todavía en Lestokarya. La situación debió ser crítica durante algunos instantes, porque Edhem-Baja ordenó que de las tropas reunidas en Elassona marcharan á Koskioj cuatro batallones y dos baterías. Por parte de los griegos, sin embargo, sólo tomaron parte las fracciones de la 1.<sup>a</sup> división destacadas en Rapsani y Nezeros junto con algunas partidas de voluntarios; unos 5.000 hombres (3).

En la tarde del 17 de abril empezó también el ataque del paso de Meluna y de las colinas inmediatas, el Menekche-Tepe y las alturas de Kirdjova. El fuego de cañón y fusilería continuó por la noche sin llegar á un acto decisivo. Lograron también los griegos apoderarse aquí de la cresta fronteriza que domina el llano de Elassona (4).

(1) Parece, no obstante, que en estos choques tomaron parte gran número de soldados del ejército que espontáneamente habían abandonado sus cuerpos.

(2) Djuma Monastir (monasterio del viernes) está en la frontera al sur de Damasi.

(3) Antes del comienzo de las hostilidades, había allá el 2.<sup>o</sup> regimiento de infantería y dos piezas de montaña.

(4) Al principio, no tenían allá más que la vanguardia de la 1.<sup>a</sup> división, compuesta del 5.<sup>o</sup> regimiento griego de infantería, el 4.<sup>o</sup> batallón de evzonos, una batería y dos piezas de montaña; sin embargo, antes del ataque, fueron estas tropas considerablemente reforzadas por la 2.<sup>a</sup> división.

Estos ataques por sorpresa recuerdan mucho las acciones de 1886 en las cuales los puestos turcos de la frontera fueron de análoga manera desbordados por partidas y tropas griegas. En aquella ocasión las falsas noticias divulgadas en el campo griego sobre el estado moral del ejército de Eyub-Bajá fueron causa de que se intentara completar por medio de un vigoroso ataque la disolución que en aquél se suponía iniciada. Tal empresa, que fué el último esfuerzo del ministerio Delyannis para sostenerse ante la presión de las potencias europeas, terminó, como es sabido, con la retirada de los agresores y la pérdida del 5.º batallón de evzones que cayó prisionero en el monte Kutra.

Esta vez ha existido, al parecer, el poderoso móvil de aprovechar el primer choque para hacerse dueño de la cordillera fronteriza, que una vez perdida por los turcos, no era fácil de recobrar; y, este objetivo se alcanzó en conjunto. El avance hacia Koskioj tenía por intento interceptar la línea de comunicaciones del ejército turco desde Elassona por Lestokarya, Litochori á Katerina. Pero puesto que ésta ya no constituía como en 1886 la comunicación principal, el ataque tenía una importancia secundaria.

Entre tanto, á las 5 de la tarde del 17 de abril llegó al cuartel general de Elassona nuevo aviso de la declaración de guerra y la orden terminante é irrevocable para la ofensiva.

Esta orden hubiera sido oportuna 11 años antes, cuando en la primavera de 1886 empezaron los combates del mismo modo. También entonces hubiera la guerra terminado con el triunfo de las armas turcas. Achmed-Eyub Bajá que había mandado numerosas tropas en Servia y en el Lom, que era hombre de energía y que en sus relaciones con el palacio de Ildiz, conservaba mayor independencia de criterio que Edhem, podía concluir la campaña más rápidamente que éste. Los asuntos de oriente hubieran tomado otro sesgo; muchos de los lamentables sucesos de los últimos años no hubieran ocurrido; el imperio hubiera conservado á Creta.

Estas consideraciones que afectan al dominio de la política interior, nos conducirían demasiado lejos si tratáramos de desarrollarlas; debemos, sin embargo, indicar que el evitar á toda costa la guerra, como parece que es hoy el último fin de toda sabiduría política, no puede en manera alguna traer buenos resultados.

Como dato histórico de interés, consignaremos que también en aquella ocasión — 1886 — se dió la primera orden para el comienzo de las hostilidades. Sólo que fué comunicada verbalmente al ministro de la guerra por Veli-Riza-Bajá, jefe del cuarto militar, y el prudente Alí Saib, sabiendo de sobra que la ejecución demasiado precipitada de las órdenes del gran Señor podía costarle su puesto, cuando éstas traen consecuencias desagradables, contestó que en asunto tan importante no debía prescindirse de la Sublime Puerta ni del gran visir. Mientras tanto en la frontera los generales en jefe de ambos ejércitos concertaban directamente la suspensión de hostilidades, y la paz se conservó. La Sublime Puerta no confirmó la orden para la declaración de guerra.

Edhem Bajá puso sobre las armas en la tarde del 17 de abril á las tropas situadas en Elassona. Todas las divisiones recibieron la orden telegráfica correspondiente, y á cada una se envió además un ayudante.

*El 18 de abril.*

El 18 de abril se considera oficialmente como el primer día de guerra. En la noche anterior la infantería griega había avanzado dos ó tres veces desde el paso de Meluna, siendo definitivamente rechazada por los turcos á las alturas. En todo el trozo de frontera comprendido entre el desfiladero de Damasi y el Menekche-Tepe empezó al amanecer un obstinado fuego, que, en general, fué sostenido por la línea de blockhaus.

(Continuará.)

Traducción del MARQUÉS DE ZAYAS,

Comandante de Estado Mayor.

---

MARCHA EXPERIMENTAL PARA ENSAYO DEL MATERIAL

DE MONTAÑA DE 7'5 DE TIRO RÁPIDO

(Continuación.)

Al invadir á Aragón en 1808 las huestes napoleónicas, se apoderaron del castillo de Benasque, cuya estratégica posición no podía ocultarse á nuestros enemigos y en 1809 volvió á caer en poder de los franceses después de sangrienta lucha.

El general Ferraz, hijo de Benasque y ministro que fué de la guerra, viendo que el castillo había perdido importancia y tenía que desartillarse, opinó era mejor demolerlo y así se hizo el año 1858, no quedando de él más que algunos cimientos y una profunda cisterna.

Retirados los artilleros que le guarnecían, se bajaron los cañones á Benasque y se trató de fundirlos para facilitar su transporte; pero en mucho tiempo no se efectuó esta operación, hasta que el año 1864 fué comisionado el teniente coronel don Juan Aisa, el cual, haciendo unos inmensos hornillos, y con combustible traído de Francia, los troceó, trasladándolos á Zaragoza.

Con justicia puede aplicarse á la villa de Benasque el dictado de hospitalara: amablemente agasajados y gratamente entretenidos pasamos desde el 6 al 11 de Julio. La tropa disfrutó de cordial acogida, y este último día, que era domingo, tuvo un suculento rancho, dispuesto por el capitán Anglada, y que se prestaron á confeccionar en una de las principales casas del pueblo, no desdeñándose de dirigirlo la amable señora de la casa, ayudada por amigas y parientes.

Vino, frutas y cigarros fueron el complemento de la comida, y, al terminarla, la alegría de los soldados se desbordó en bailes, cánticos y vivas, en demostración de su contento, hasta que la lluvia, tan pertinaz aquellos días, vino á apagar el entusiasmo general.

Por la mañana habíamos asistido á misa en la parroquial iglesia, celebrada por el vicario.

Asistió mucha concurrencia, y allá en la modesta iglesia oyéronse los belicosos sonos de la trompeta, que repercutían sonoramente en aquellos muros, poco acostumbrados á ello.

Muy bien lo estábamos pasando; pero todo acaba, hasta lo que la voluntad quisiera hacer eterno. Recompuesto el camino y abonanzado el tiempo, hube

de dar la orden de salida, que hubiera resultado más penosa de no ser forzada por el cumplimiento del deber.

Grato recuerdo me queda de aquellos días plácidos y tranquilos pasados en la simpática villa que, alejada de bulliciosos centros y encerrada entre montañas, parece una severa residencia feudal de pasados siglos, trasladada sin mudanzas al presente. Sus hijos (1) tienen un trato escogido y una amabilidad sin límites, y no ha de impedir el gusto con que nos recibieron y obsequiaron, creyéndose casi en obligación de hacerlo por su paisano Anglada, que yo rinda en este escrito modesto tributo de gratitud, encareciendo su bondadosa hospitalidad cuanto le es permitido á mi torpe y perezosa pluma.

El lunes 12 amaneció lluvioso y con tendencias á tormenta; pero fué despejando poco á poco, por lo cual salimos á las tres de la tarde, á cuya hora había cesado el agua y la temperatura era fresca y agradable, pudiéndose hacer la jornada sin temor al calor no muy fuerte en aquellas altitudes.

Fuimos bordeando el Esera, que llevaba su caudal enriquecido por las tormentosas lluvias pasadas, hasta el punto de haber desaparecido en algunos sitios el camino, que es casi horizontal, muy poco elevado sobre el cauce de dicho río y de 2 metros escasos de anchura en su mayor parte.

Antes de una hora se encuentra el puente de *Cuera* ó de San Jaime, que se deja á la izquierda y une las dos márgenes del río, conduciendo á algunos case- ríos y al monte Estor, propiedad y cazadero de varios vecinos de Benasque.

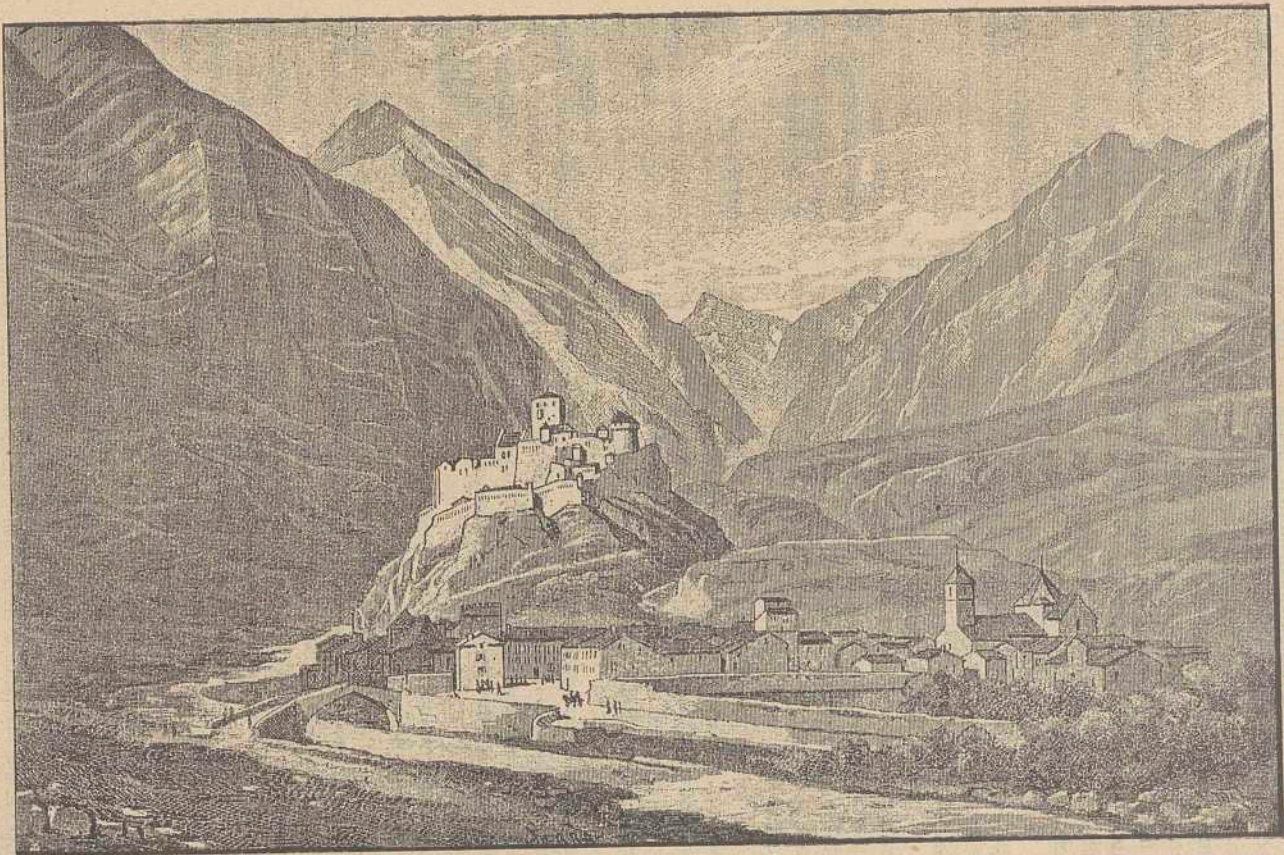
Casi en frente del puente está la *Borda* de Anglada y una capilla antiquísi- ma dedicada á San Jaime, y, siguiendo en dirección á la montaña, se encuentra un estrecho desfiladero formado por elevadísimas montañas, por el cual pasa el torrente Estor, que une sus aguas al Esera. En este sitio existe una curiosa particularidad: la nieve se amontona y llega á veces á tener considerable espesor, formando una enorme masa de hielo, que agujerea el torrente, abriéndose paso con furia, y por encima queda un verdadero *Puente de nieve*, que utilizan para pasar los arrieros y los pastores con sus ganados. Nosotros renunciamos á visitarlo por haberse deshelado, cosa rara, pues subsiste todo el año.

Este punto es digno también de llamar la atención, porque en él está mar- cada la salida del túnel del ferrocarril transpirenaico central que, arrancando del valle de Luchón y de Leys, en Francia, pasaría por Benasque y Castejón de Sos para ir á empalmar en Monzón con la línea del Norte de España.

Ya que es preciso romper la valla natural de los Pirineos por la moderna tendencia á unirse las naciones y las exigencias del comercio y de la industria, han de buscarse aquellas vías de menores dificultades, trazado más corto, sencillo y económico y que sean fácilmente defendibles.

Admitido esto, y sin prejuzgar la cuestión de la defensa general del terri- torio, ni de las otras líneas del Canfranc, Noguera-Pallaresa, etc., no cabe duda que militan en favor de la vía férrea Luchón-Benasque muchas razones, y ha de reconocerse reúne grandes ventajas para poner en comunicación directa á París con Madrid.

(1) En su carácter y costumbres, participan de catalanes, aragoneses, éuskaros y aun franceses, y en su lengua se nota esta misma mezcla, pues es una especie de *patois* más dulce que el catalán. Son sinceros, laboriosos, honrados, ágiles y robustos, constituyendo un hermoso ejemplar de raza montañesa.



Benaque con su castillo.

Sin grandes trabajos de fábrica, con corto recorrido, pocos túneles, pendientes no muy pronunciadas, sin tener curvas de radio superior á 300 metros, parecía natural se diera calor á este proyecto y se prosiguieran los estudios, empezados hace tantos años y hoy paralizados, para construir un ferrocarril tan beneficioso para Aragón y Cataluña, y que había de dar mucha vida á comarcas fértiles y productivas, que adquirirían gran desarrollo y aumento de su riqueza é industria, abriendo su seno para ofrecer los desconocidos é inagotables tesoros que poseen en minas de todas clases, facilitándose además la visita á la capital del lindo valle del Esera, que con buena voluntad á poco coste llegaría á ser solicitada residencia de verano.

Las anteriores reflexiones, me las hacía yo mientras el amable alcalde de Benasque excursionista infatigable que tenía la atención de acompañarnos en aquella jornada, me daba, durante un descanso que hicimos, algunas explicaciones respecto á la topografía de aquellos lugares.

La vereda presentaba después algunas pendientes y sitios peligrosos por estar muy al borde del río, que se deslizaba crecido en su peñasco cauce, y á la derecha hállase el monte de Artigas (1), donde hay proyectado un fuerte en el estudio general de fortificación de la frontera pirenaica hecho por el general don Rafael Cerero con la cooperación de distinguidos oficiales de artillería é ingenieros.

El paisaje es de una belleza severa y melancólica. Los montes de Artigas, Estatao, Vallhiberna, Rosech, Braquisal y otros muchos se hallan cubiertos de sombría vegetación y dan origen á diversos ríos, algunos importantes como el Vallhiberna, que enriquecen el caudal del Esera. Los pinos, el pinabete y otras coníferas que conservan á pesar de los hielos, el obscuro verdor de sus hojas, hacen cambiar de aspecto á cada momento al panorama, cuyas notas alegre y claras son las blancas campanillas, las amarillentas gencianas, las anémonas, la digital purpúrea y las encendidas zarzarrosas. Animan el conjunto y le dan vida multitud de cascadas que engrosado con frecuencia su caudal por el deshielo y las lluvias, caen desde las altas cimas, resbalando suavemente por los repliegues de la montaña, unas veces y saltando y chocando otras de peña en peña y de quebradura en quebradura para ir á perderse en el misterioso fondo de los barrancos.

Sobre todo las cascadas de San Farré, Literola, Aigues Passes y Remúñez, que fuimos encontrando sucesivamente, nada tienen que envidiar á las del Monasterio de Piedra, San Miguel del Fay y otras de reconocida nombradía. El agua pulverizada al chocar con furia en las viejas rocas se eleva en forma de ligeras nubecillas, de vapores diáfanos y transparentes, de los cuales arrancaba el sol deslumbradores reflejos de plateada blancura y vivos espectros, coloreados con los matices del iris. La vista no sabía á donde dirigirse solicitada por tanta y tanta belleza que iba variando constantemente cual si fuera un gigantesco caleidoscopio.

(Continuará.)

EDUARDO DE OLIVER-COPÓNS,  
Comandante de Artillería.

(1) En él existe una fuente ferruginosa, que arrastra á veces substancias cobrizas, y siempre el agua cargada de hierro, que dicen los naturales: «sembla ferro líquit».